

El poder del hombre andante

JORDI BALLÓ

En los ochenta Italo Calvino escribió un artículo sobre el cine de Kurosawa y en particular sobre su filme *Kagemusha* que aquí me parece que lo publicó la revista *El Viejo Topo*. Recuerdo el título de aquel artículo: *El poder del hombre sentado*. Lo que venía a decir Calvino era que en este filme del maestro japonés quedaba claro un principio estético y gestual: que el poder se basaba en visualizar la inmovilidad solemne del señor feudal y que era esto lo que ahuyentaba a

sus enemigos en la guerra civil japonesa. En el momento que este poder se convertía en móvil, el señor de la guerra era derrotado.

Este principio que responde a un saber oriental ha impregnado durante años la autorrepresentación del poder occidental. Los dirigentes políticos, fueran dictadores o fueran elegidos democráticamente en las urnas, coincidían en mostrarse como seres inamovibles, que se parapetaban en sus palacios de gobierno y que raramente acudían personalmente a las zonas de

conflicto, como si conocieran la lección del señor feudal japonés y pensarán que esta inmovilidad es la que garantizaría su perdurabilidad ante los ojos del pueblo. Los presidentes americanos hacían de la Casa Blanca su fortaleza; Franco no salía de El Pardo y a Felipe González no había quien le sacase de La Moncloa. Aznar no fue a la Galicia del chapapote porque debió pensar que esto minaba la imagen de su poder omnímodo, y Putin no acudió al cementerio del *Kursk*. Por su parte, Chirac vivía en El Elí-

seo y allí recibía y consultaba.

Hasta que llegó Sarkozy. Y decidió cambiar el registro: la inmovilidad no da poder, el movimiento sí. Y esto le convierte en el primer gran político andante (después de Juan Pablo II). Acude raudamente no le llaman porque intuye que se impone una nueva iconografía del imperio. Un poder itinerante, que busca estar en la zona de conflicto, que nunca está quieto, siempre de pie, saludando, recitando, desfilando. La seducción ya no vive sentada: se levanta, y anda. |



Al rescate

Sarkozy acudió personalmente a recoger a las azafatas retenidas en el Chad, hizo escala en Madrid y siguió viaje hasta París. Le hubiera encantado rescatar a Ingrid Betancourt, pero no le avisaron a tiempo. A su lado el actor Tatsuya Nakadai encarna a Kagemusha, un pobre ladrón condenado a muerte que es finalmente liberado gracias a su parecido con el señor de la guerra Take-da Shingen, a quien acabará sustituyendo

FOTOS DANI DUCH / ALBUM



Sentado o de pie

El señor de la guerra ha muerto y Kagemusha debe suplantarle, como su doble imperial. Esto le obliga a imitar sus gestos solemnes, a teatralizar su poder: debe estar siempre sentado, en palacio, capaz de provocar terror a sus enemigos. Sarkozy, en cambio, busca su respeto de pie, como en esta imagen de discurso, desplazado a Moscú el día después del inicio del conflicto con Georgia, lejos de toda tentación sedentaria

FOTOS AP / ALBUM



En el campo de batalla

Tras la muerte de unos soldados en Afganistán, Sarkozy acude al lugar y pasa revista a las tropas. La visita al campo de batalla es la primera excepción del poder tradicionalmente inmóvil: Bush y Blair fueron a Iraq. Por esto Sarkozy se ha movilizado a la primera oportunidad, prometiendo volver. El señor de la guerra japonés también iba al campo de batalla donde permanecía sentado, hierático, un icono reconfortante para sus tropas

FOTOS EFE / ALBUM